

La pareja educativa

un reto cultural

Alfredo Hoyuelos

Qué es la pareja educativa

La pareja educativa consiste en que dos personas (con la misma categoría profesional, igual calendario, con las mismas funciones e idéntico sueldo) comparten, sin divisiones nominales, un único grupo de niños y niñas, durante la mayor parte de la jornada laboral. Dos profesionales que se reparten la responsabilidad de la relación con las criaturas, con las familias y que tienen el mismo poder de decisión.

La pareja educativa rompe, culturalmente, con un modelo tradicional de una maestra con un grupo de niños y niñas, o con una agregación de dos personas en la que hay una maestra o un auxiliar con diferentes funciones y categorías.

Por qué la pareja educativa

Son muchas las razones que sustentan –ideológicamente– esta forma de trabajo. En resumen podríamos hablar de:

Argumentos culturales y contraculturales

Tradicionalmente, todavía hoy, la escuela perpetúa la idea de una maestra-tutora con un grupo de niños y niñas; se trata una persona que trata de educar en soledad. Esta forma de trabajo no ha cambiado –salvo excepciones– en toda la historia de la educación.

Este artículo es el primero de una serie de tres. Este escrito trata de recoger algunos de los principios filosóficos y educativos que sustentan la idea de la pareja de profesionales en el grupo. Estas ideas están entresacadas de la propia experiencia, de algunas reflexiones teóricas y de las extraordinarias aportaciones de Loris Malaguzzi. En dos posteriores escritos, compañeras de una escuela infantil 0-3 años en Pamplona y de un centro de educación infantil y primaria en Menorca expondrán –desde la vivencia práctica– su particular punto de vista sobre esta forma de trabajo.

Una investigación francesa confirma que el trabajo aislado, el trabajo en soledad de la maestra de la escuela infantil o de la escuela primaria es el único que resiste en más de 30.000 profesiones disponibles. Esta investigación resalta todas las distorsiones, conflictos psicológicos, regresiones y agresividad que se producen en esta manera inhumana de trabajar. Y no podemos olvidar, en un trabajo como éste, la defensa de la salud física, mental y psicológica que se debe defender a la par que la salud de los niños y niñas. Es necesario romper con el penoso aislamiento de esta profesión, aprender a trabajar en equipo, en comunidad, conjuntamente, comenzando por la pareja educativa. Es una nueva forma de cultura y de civilización, una apertura a ver distinto. Es una nueva forma de concebir la escuela para evitar la terrible devastación de los docentes, de la propia identidad vital y profesional. Pero, también, y esto es una tremenda paradoja, la mayor lucha consiste en romper las resistencias que el propio personal educador ofrece a trabajar cooperativamente y en pareja educativa. La tradición cultural, con la que hay que romper, impone un condicionamiento, excesivamente, brutal, pesado.

Loris Malaguzzi: «I nuovi orientamenti della scuola per l'infanzia», en AA.VV.: *Convegno circondariale sulla scuola e i nidi per l'infanzia*, Rimini, Municipio di Rimini, 1969, pág. 59.

“Es difícil sobrevivir profesionalmente en un entorno en el que no se puede –en la cotidianidad– compartir con nadie las emociones y las ideas que supone la extraordinaria tarea de educar.”

Pensándolo bien, se trata de una situación de pérdida para la profesión. Es difícil sobrevivir profesionalmente en un entorno en el que no se puede –en la cotidianidad– compartir con nadie las emociones y las ideas que supone la extraordinaria tarea de educar. Esta soledad o aislamiento pueden, en algunas ocasiones, como dice Malaguzzi, provocar el síndrome del profesor quemado y algunas de las depresiones que pueden sufrir los profesionales.

La pareja educativa reta a la idea cultural de separación, de reinos de taifas, de encerrarse a solas en el espacio del grupo con las criaturas, de considerar a los niños y niñas privados de alguien. Morin lo escribe muy claro:

«Muchos profesores están instalados en sus costumbres disciplinarias. Éstos, como decía Courien, son como lobos que orinan para marcar su territorio y muerden a aquéllos que penetran en él. Existe una resistencia obtusa, incluso entre espíritus refinados. El desafío es invisible para ellos». (Edgar Morin: *La mente bien ordenada*, Barcelona, Seix Barral, 2001, pág. 130).

La pareja educativa rasga el territorio de lo delimitado como propiedad privada para abarcar la aventura de la ambigüedad o de lo impreciso. Valores de una enorme envergadura educativa.

Malaguzzi solía comentar que en una clase con una sola maestra y un grupo numeroso de niños no se puede educar; sólo se puede llevar a cabo una «pedagogía bucólica», en referencia a un rebaño de ovejas que deben ser contenidas en un redil con un pastor.

En este sentido, la pareja educativa supone una provocación y una ruptura cultural.

Argumentos desde la filosofía de la complejidad

Si creemos y defendemos un niño o niña complejos no es sólo porque creamos que, desde el nacimiento, las criaturas tienen grandes capacidades que no son simples ni se deben simplificar. Es, también, porque abarcamos un tipo de filosofía determinada que se conoce como teoría de la complejidad.

De esta teoría, defendida por autores desde distintos campos culturales, extraemos algunos principios¹ que ahora aplicamos al tema que nos atañe:

- *Principio de la relación partes-todo.* Este principio afirma que el todo es más y menos que la suma de las partes. Efectivamente, una pareja educativa no es uno más uno. No consiste en sumar las posibilidades de uno y de otro, sino las facultades de dos personas trabajando conjuntamente.
- *Principio dialógico.* La dialógica conlleva, manteniendo vivas las contradicciones, a poner en diálogo, en relación y en discusión pública las ideas de varias personas; en este caso de una pareja que comparte un mismo grupo.
- *Principio de la complementariedad.* Significa asumir, humildemente, que somos «incompletos» y que existe la necesidad de encontrarnos con los demás para poder intercambiar puntos de vista. Cada uno de nosotros –consciente o inconscientemente– tenemos una forma de mirar, de ver o de

actuar. Cada profesional poseemos una imagen particular del niño o de la niña. Pero no sólo esto, sino que cada individuo –potencialmente– creamos una forma de relación y de actitud que nos imponen nuestra formación, nuestra cultura o nuestras expectativas. Y las criaturas, prácticamente desde el nacimiento, son capaces de establecer relaciones diversas con distintas personas. Ésta es una de las riquezas del ser humano que la escuela puede empobrecer. En un grupo con una sola maestra las opciones quedan reducidas. No creo que exista una profesional, por muy formada y motivada que esté, que sea capaz de satisfacer los ritmos, deseos, derechos, y de establecer relaciones significativas con cada uno de los niños y niñas del grupo. Con dos personas las elecciones de las criaturas –por lo menos– se duplican. El hecho de que dos maestras compartan el mismo grupo de niños y niñas conlleva, además, poner en relación puntos de vista, incluso divergentes. Cada uno de nosotros nos hacemos una imagen subjetiva de cada niño y niña. Al menos, dos puntos de vista diversos evitan etiquetar prematuramente a las criaturas y, sobre todo, nos enseña a escuchar otras versiones de cada niño o niña que aportan diversas *imágenes* desconocidas de cada criatura, ofertando mayor libertad de elección, y menos prejuicios. De esta manera, la subjetividad se transforma en intersubjetividad.

- *Principio de la discontinuidad horizontal y vertical.* Hemos creído en la continuidad como algo deseable. Pero la continuidad –en ocasiones– es una simplificación de la vitalidad. Dos personas, trabajando conjuntamente, ofrecen a los niños modelos de interacción y forma de conocerse diver-

“Es improbable que una profesional, por muy formada y motivada que esté, pueda satisfacer los ritmos, deseos, derechos, y establecer relaciones significativas con todos y cada uno de los niños y niñas del grupo.”

sas. La identidad se complejiza para hacerse más rica y de calidad. También los niños y niñas pueden elegir a distintas personas para según qué relaciones o juegos. Como si, inteligentemente, descubrieran que con cada individuo pueden establecer relaciones y normas diversas. Lo mismo creo que nos ocurre a las personas adultas. Pero, a veces, puede parecernos que la discontinuidad (que no hay que confundir con la incoherencia) nos hace entrar en contradicción.

- *La contradicción es otro de los principios deseables y vitales de la complejidad.* La contradicción invita a estar vivos, pero no hay que confundirla con la incoherencia. Tal vez sea más explícito Eugenio Trías:

La vida misma existe y es en virtud de la contradicción. Allí donde hay contradicción hay fuerza vital. La contradicción es el signo mismo de lo viviente, de lo que está plenamente vivo. Se halla en este sentido en las antípodas de la identidad. La vida no puede ser determinada de modo unívoco: en campos contradictorios. Y esto no es signo de impotencia y debilidad. Debemos aprender a vivir con las contradicciones y aprender a relacionarnos con ellas. (Eugenio Trías, *Ética y condición humana*, Barcelona, Península, 2000, pág. 43.)

Argumentos de carácter ético-educativo

Educación significa, para Loris Malaguzzi, confrontar y discutir públicamente interpretaciones posibles sobre la manera de hacer educación. Implica coincidir en el deseo de respetar la cultura infantil, pero no en la forma unívoca de ver al niño. Educar comporta abrirse a la crítica, estar

“La pareja educativa aporta mayor riqueza y complejidad al grupo: más modelos, más conflictos sociocognitivos, más ideas. Educar denota saber, continuamente, consensuar y *disensuar*.”

dispuesto a exponerse públicamente a las consideraciones de los demás, y aprender a realizar apreciaciones y estimaciones sobre el trabajo de los y las profesionales, y a distinguir éste de las críticas personales.

La pareja educativa, en este sentido, aporta una mayor riqueza y complejidad al grupo: más modelos, más conflictos sociocognitivos, más ideas. Los niños y niñas son sensibles a estos acuerdos y desacuerdos constructivos. Educar denota saber, continuamente, consensuar y *disensuar*.

También he hecho referencia a la importancia de la libertad de elección. Muchas veces hemos observado cómo los niños y niñas (y también los padres y madres) eligen o no eligen personas específicas para realizar diversos apegos. Vínculos que no son indiscriminados y que son elegidos según las circunstancias, los ámbitos o los contextos.

De la misma manera, éticamente, la educación consiste en concebir la profesión de manera social. El trabajo en pareja ayuda a explicitar mejor las ideas, a justificar nuestras elecciones educativas y a conocer diversos valores que las criaturas saben apreciar porque los perciben de forma negociada en el actuar de los adultos.

Argumentos organizativos

La pareja educativa permite amplificar las oportunidades organizativas que se incrementan en la posibilidad de trabajar –a lo largo del curso– con todo el grupo, subdivididos en grupos pequeños de diferentes dimensiones

o de forma individualizada. Dos personas pueden establecer muchas posibilidades cualitativas y cuantitativas de formas organizadas de practicar la tarea educativa.

De esta forma, la pareja educativa ofrece una mayor flexibilidad organizativa de disponibilidad de propuestas, horarios, materiales y relaciones. Un gran éxito para quien, retando el miedo y la inseguridad de la profesión, ha querido probarlo. Un trabajo de pareja que sólo –para Malaguzzi– es un eslabón de la gran cadena de todo el trabajo cooperativo que se lleva a cabo en la escuela.

Argumentos sobre la diversidad de roles

Un solo maestro o maestra con un grupo de niños y niñas, es difícil que pruebe roles diversos a los que le impone la propia situación o la propia tradición de enseñante.

La idea de la pareja permite, según las ocasiones, coordinar y establecer roles de actuación complementarios. Posibilita, además, que una de las profesionales observe y pueda ejercer una mirada crítica sobre cómo es la relación de la compañera con los niños y niñas.

La organización por parejas educativas permite, también, una observación más detallada de los acontecimientos cotidianos, ya que, en ocasiones, una de las personas –a turnos– puede ser liberada para tomar oportunas observaciones que lleven a analizar y reflexionar sobre la propia práctica educativa. Esto permite experimentar y definir, a su vez, nuevos roles de intervención.

“La pareja educativa posibilita contrastar experiencia, argumentos, enriquecerse mutuamente y complementarse. Y todo esto dota a la profesión de un significado emocional de gran valor vital y educativo.”

Argumentos basados en la resiliencia y capacidad de «adaptatividad» humana

La resiliencia² es la capacidad o los recursos que tiene un individuo para solucionar –con optimismo– los problemas y rehacerse de las graves adversidades de la vida. Para que esto sea posible son necesarias algunas condiciones. Entre ellas es importante resaltar que la capacidad de establecer vínculos múltiples con diversos sujetos permite una personalidad con una adaptatividad más flexible. La pareja educativa posibilita esta virtualidad.

Argumentos neurológicos

Neurológicamente, también, el ser humano está dotado para realizar múltiples contactos sociales, y es capaz –tempranamente– de distinguir, con gran facilidad, las caras de las personas estableciendo discriminaciones y comparaciones visuales significativas.

De la misma forma, las relaciones múltiples tempranas con diversas personas (lo cual no quiere decir tampoco que sean excesivas o indiscriminadas) posibilita ampliar las competencias neuronales.

Argumentos laborales y funcionales

No es extraño que en un maestro o una maestra se queden en situación de baja laboral por enfermedad o que se produzcan diversas ausencias laborales justificadas. Y, en ocasiones, ocurre que la sustitución, también, puede

enfermar. La pareja posibilita dar una cierta estabilidad al grupo, ya que si falta una persona –y mientras ésta es sustituida– la situación organizativa y la consecución del proyecto que, en ese momento, se está llevando a cabo quedan más asegurados. Los niños, niñas y la nueva maestra tienen, de esta manera, una referencia más sostenida y estable.

Argumentos emocionales

La pareja educativa permite compartir más ilusiones, más estrategias y más emociones positivas. Las ilusiones contagian profesionalmente y provocan una retroalimentación positiva que, a su vez, emociona. He comprobado personalmente –cuando trabajo en pareja, a diferencia de cuando lo he hecho solo–, que me río más, que hay más bromas que me ayudan a que la difícil tarea de educar sea más divertida. Diariamente necesito tener alguien cerca con el que emocionarme de lo que veo o interpreto. Y creo que esto los niños y niñas lo agradecen muchísimo.

Esta forma de trabajo posibilita contrastar experiencia, argumentos, enriquecerse mutuamente y complementarse. Y todo esto dota a la profesión de un significado emocional de gran valor vital y educativo.

Algunas resistencias o críticas a la pareja educativa

He oído, a lo largo de estos años, algunas resistencias o críticas a la posibilidad de trabajar en pareja educativa cuando, en diversas ocasiones, he

propuesto unir dos grupos de dos educadoras o maestras en una sola unidad. Trataré, ahora, de señalar algunas de esas objeciones y de dar una breve respuesta a las mismas.

No existe un hábito creado. El trabajo en pareja genera incomodidad o miedo

He observado que no existe, salvo excepciones, una costumbre de trabajar en pareja, a sentirse observado y se tiene miedo a perder cierta naturalidad. Espontaneidad que no siempre es adecuada para una labor cualificada profesional. Esta inseguridad de algunos y algunas profesionales establece una severa resistencia –histórica– para posibilitar esta idónea forma de trabajo. Pienso que ha llegado el momento de realizar –con ayudas contingentes– un esfuerzo personal y laboral por dar un vuelco antropológico a esa situación.

La pareja rompe con la posibilidad de un apego significativo y con la importancia de la figura de referencia.

La idea del apego proviene de John Bolwy. Existen, a mi modo de ver sin duda, ideas interesantes para rescatar de este investigador inglés. Pero el mayor error de sus teorías consiste en creer que los bebés son innatamente monotrópicos, es decir que tienen una predisposición a formar una relación privilegiada con una persona. Sin embargo, desde el nacimiento, las criaturas son capaces de desarrollar una variedad de relaciones importantes

“La pareja educativa aumenta las opiniones, la creatividad, el cooperativismo, la solidaridad, la relatividad... Valores de los que las personas adultas debemos dar ejemplo, ante todo, a los niños y niñas muy sensibles a la forma de cómo los mayores nos relacionamos.”

que varían en intensidad de persona a persona y de día a día. Los bebés no se ven obligados a amar a una sola persona cuando existen otras posibilidades. Con esto no quiero decir, en absoluto, que no sea vital la afectividad, o la relación extraordinaria con la madre y el padre, ni que los niños y niñas no escojan figuras de referencia (como nos ocurre a los adultos). Pero la pareja educativa amplifica esta posibilidad.

La pareja educativa impide, en algunas ocasiones, el desarrollo autónomo de una de las profesionales

Si conocemos las dinámicas de pareja, cabe la posibilidad de que –en algunas ocasiones– una de las personas adquiera un rol dominante, y la otra un rol sumiso; como si a alguna de las profesionales se le restase poder de decisión. Es importante superar estas situaciones y aprender a negociar constantemente, desde el principio de la complementariedad, con la otra persona.

Existen formas metodológicas diferentes de trabajo

Incluso en la misma escuela, podemos descubrir formas muy diversas y distintas metodologías educativas, sobre todo en el 3-6 años. Ese dicho tradicional de que «cada maestrillo tiene su librillo» es, en muchas ocasiones, una rémora y un impedimento para poder establecer formas cooperativas de trabajo. Cada profesional, de esta forma, permanece encerrado en su jaula de oro, en su reino de taifas.

¿Y si no nos llevamos bien?

En algunas programaciones escolares, algunos objetivos hablan de socializar a los niños y niñas. Malaguzzi, provocadoramente, afirmaba que es mejor que algunas maestras se preocupen más de su egocentrismo y de la incapacidad de socializarse y de trabajar con otros profesionales, que del supuesto egocentrismo de los niños y niñas.

Los grupos se hacen más numerosos

No puedo negar que, con las legalmente ilegales ratios tan elevadas, el unir dos grupos puede llevar a masificar una agrupación. No obstante, decidiendo con responsabilidad, las innumerables ventajas que oferta una pareja educativa invitan a animar su proliferación.

Para terminar

Cuando pasa el período de la matriculación, las diversas escuelas empiezan a contar los niños y niñas con la ilusión de comprobar si los grupos, por ejemplo, de tres años pasan del mágico número de 25, y poder solicitar un desdoblamiento de grupo. Es tiempo de conjeturas y cábalas.

Tradicionalmente, este desdoblamiento ha sido visto como una panacea para poder curar una de las enfermedades de las que adolece el sistema educativo: el exceso de criaturas por maestro o maestra. Reconociendo, desde el principio, que las ratios que establece la legislación vigente son vergonzosas, no creo que sea una solución pedir la reducción de criaturas por grupo. Creo que es más educativo solicitar que se aumenten el número de maestros y maestras que, a la vez, pueden trabajar con un grupo de niños y niñas.

Es importante romper, de una vez por todas, con el concepto tradicional e incoherente de unidad como grupo de niños con una sola persona adulta. Haciendo números, es preferible (como ejemplo) —si el espacio lo permite— un grupo de 33 criaturas con dos maestras, que no dos clases separadas de 16 y 17 criaturas respectivamente.

Una pareja, ya lo he dicho, no es 1 + 1. Existe un antiguo proverbio que afirma cómo la relación entre las personas no es algo material:

«Si una persona tiene una moneda y se la cambia con otra, al final cada una tiene una moneda; pero si una persona tiene una idea y se la intercambia con otra, cada una posee dos ideas.

La pareja educativa aumenta las opiniones, la creatividad, el cooperativismo, la solidaridad, la relatividad, etc. Valores de los que las personas adultas debemos dar ejemplo, ante todo, a los niños y niñas muy sensibles a la forma de cómo los mayores nos relacionamos. Loris Malaguzzi, una vez más, lo dice mejor:

La co-presencia (y en un sentido más amplio la concepción de un trabajo cooperativo) que existía desde el principio ha supuesto una consciente ruptura con el tradicional aislamiento de los educadores que malentenden su libertad didáctica y, de esta manera, legitiman su soledad humana y, también, la profesional y cultural. Esto es un hecho que, en realidad, empobrece y marchita muchas potencialidades y recursos que son importantes para cualificar y hacer eficaz la tarea educativa (...)

El trabajo en pareja y, después, el de las parejas en grupo han ofrecido enormes beneficios, para niños y adultos, tanto en el plano educativo como en el psicológico. Pero, además, este trabajo en pareja, que se incluía en un proyecto interaccionista y socio-constructivista constituía el primer ladrillo que, junto a otros, formaba un puente que nos llevaba hasta la idea de gestión social y de participación de los padres.

Los niños, que están naturalmente disponibles, no se hacen amigos o maestros entre ellos, recogiendo los modelos del cielo o de los libros. Recogen e interpretan los modelos de los maestros y adultos: tanto cuanto más saben éstos trabajar, discutir, pensar e investigar juntos.³ ■

Artículo basado en la intervención en las II Jornadas Pedagógicas organizadas por el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz el 15 y 16 de noviembre de 2002. Este tema también está desarrollado en Alfredo Hoyuelos: *La ética en el pensamiento y obra pedagógica de Loris Malaguzzi*, Barcelona, Rosa Sensat-Octaedro, 2004.

Notas

1. Para ver una definición filosófica de estos principios se puede recurrir, entre otras obras, a Morin, E.; Roger, E. y Domingo, R.: *Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana*, Salamanca, UNESCO-Universidad de Valladolid, 2002.

2. Ver por ejemplo las obras de Boris Cyrulnik o de Michel Manciaux.

3. Loris Malaguzzi: *La educación infantil en Reggio Emilia*, Barcelona, Rosa Sensat-Octaedro, 2001, págs. 77-78.